





# BATALLA BLANCA



Paz López

# BATALLA BLANCA



Primera edición: abril de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Paz López

© Fotografía de la solapa: Belén González

ISBN: 978-84-17362-58-4

ISBN digital: 978-84-17362-59-1

Depósito legal: M-11969-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)



[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Dedicado a todas y cada una de las personas  
de las que aprendo cada día.  
Gracias por ayudarme a permanecer DESPIERTA.*







¡Maldito eternamente sea el soñador inútil  
y estúpido quien, al apasionarse por  
un problema insoluble y estéril quiso ser el primero  
en mezclar amor y honestidad!

CHARLES BAUDELAIRE

Los recuerdos no pueblan nuestra soledad,  
al contrario, la hacen más profunda.

GUSTAVE FLAUBERT





## PRÓLOGO

Cuando uno tiene delante un relato novelado de esta índole, procuras concienciar a tu propio ego de la realidad que subyace en cada elemento de nuestra masa social, anclada todavía en el «qué dirán» o en «cómo puede ser esto».

Recuerdo a Augusto Forel, célebre psiquiatra y científico de principios del siglo XX, cuando al hablar de la cuestión sexual, nos introduce en el mundo natural bajo esas perspectivas sociológicas y biológicas concluyentes. Recuerdo cómo Forel deseaba legalizar lo que otros llamaban «abominaciones» y no eran más que circunstancias naturales de la propia sexología del ser humano. Planteaba en aquellos años la despenalización de todas las relaciones sexuales de consentimiento mutuo entre adultos y que los homosexuales pudieran contraer matrimonio. Para él, el sexo era un goce humano desligado de la procreación, y pedía que se pudiera acceder, sin mayor trámite, a todo tipo de anticonceptivos, permitiendo, a su vez, la liberación de los actos sexuales entre adultos. Trató, sin duda, de dar una alternativa racional a la sexualidad, algo tabú durante tantísimo tiempo, basándose en el conocimiento científico.

Ha habido demasiados altibajos en el tema. La Segunda República Española determinaría avances y reconquistas en el terreno de las libertades, a pesar de que la influencia de la iglesia católica fuera demasiado reticente. Aquellos libros de *Amor, conveniencia y eugenesia*, de Gregorio Marañón, o *La lucha contra los trastornos del espíritu. Higiene mental popular*, de Tomás Busquet Teixidor, ayudarían tremendamente a cambiar el concepto de esa moralidad que

inundaba los espacios. Eran buenos tiempos para una nueva moral sexual ampliada al campo de una socialización más humana en todos los sentidos. Decía un artículo curioso que «frente al clamor de los fariseos hay que reivindicar la plenitud amorosa, la exaltación biológica del sexo, que será una espiritualización de la materia, la armónica unidad del sexo y el idealismo amoroso y la libertad y sinceridad sexuales».

Sin embargo, el franquismo acabó con los ideales de igualdad y de libertad tan difícilmente conseguidos en tiempos republicanos. La iglesia volvió al poder y, con sus exigencias antimorales, condenaba las realidades conseguidas.

Estaba claro, tal cual el aforismo de Maeterlinck, que «la desesperanza está fundada en lo que sabemos, que es nada, y la esperanza sobre lo que ignoramos, que es mucho». En aquellos tiempos, faltaba ternura y sobraba prosaísmo, entendiéndose que el pudor no es sinónimo de incultura, porque ese pudor representa en lo esencial una técnica de seducción variable con tiempos y países; por eso, era necesario conocer lo básico de la función motivadora, creer en ello y conseguir que la libertad sexual definiera el concepto de vida del ser humano adulto. Todo era un espejismo en aquellos tiempos.

Ahora, la democracia ha regenerado la esencia de la sexualidad. Todo y nada. Nada y todo. Ahora, el ser humano es consciente de sus necesidades, de sus deseos, de sus propuestas, sin negar el respeto al resto de una sociedad que está regida por la igualdad y equilibrio.

Hablemos, pues, de *Batalla Blanca*, porque hacerlo es inmiscuirnos en la realidad de una pasión, de un cúmulo simbiótico de deseos, en los que el sexo ampara la relación de la pareja, el respeto mutuo al consentimiento de unos parámetros consentidos, asimilados y concebidos.

Hay una ilusión en cada página, ilusión por el amor, por el deseo, por la sensibilidad del encanto en compartir todo lo que la protagonista lleva dentro y darlo a quien el amor le busque con

locuaz intensidad. Hay una «vivencialidad» de su autora, dando en su recorrido todo un pleno espacio vital, generoso, enrabietado en aderezos, pero sentido como suyo. Por eso, el lenguaje es tan real que el relato toma vida por sí solo. La descripción aúna el sentimiento de la realidad, marcando en su contenido una expresión fuera de toda duda: «aunque no me importó; me lo quité suavemente como me lo quitaría un amante; y ese movimiento lento y tembloroso de mis manos me gustó y seguí haciéndolo mientras el agua de la ducha despertaba más mis sentidos; seguí acariciándome el cuello tan sólo utilizando los tres dedos interiores de mi mano derecha, privando al resto del tacto con mi piel...».

Por el lado del amor, la exaltación de ese mismo amor, la adoración de una dama idealizada porque no se le ama por sus cualidades sino por algo especial que se le supone más allá de ella misma. Por otro lado, se dedica entero al cuidado del gozo de la compañera, a hacer gozar a una mujer mejor de lo que lo haría un hombre. Esta dimensión de desafío al hombre, de mostrar al hombre cómo hay que amar y hacer gozar a una mujer, ya lo resaltaban desde tiempos pasados Freud y Proust.

La homosexualidad es blanca y llega al interior más profundo cuando se siente creíble. Quizás, esa Nueva Amistad como primer estadio nos abre ese lugar que otros llaman Gran Espíritu para dar comienzo a una estima entre ambas. Cuando hay sinceridad, gran corazón, probidad, generosidad, respeto, exactitud y bondad, se llegará a ese reconocimiento y Amor compartido desde la Complacencia y la Sumisión. Ahí, se establece el nexo útil y necesario para ello.

En *Batalla Blanca*, la protagonista advierte de cómo pasa y de cómo llega su relación con Andrés, el macho al que adulaba en su juego y no generaba más disfrute que la sensación de hacer los deberes de una pareja en continuo deseo por ese amor que no llega o que se desvanece. De ahí, la exaltación de esa «adoración» citada antes y que no halla, que no existe, buscando la estación preferida en una primavera amorosa con Ángel, su fiel paradigma, para de-

dicar ese tiempo «a la felicidad, la misma que se encuentra al lado de esa puerta que nunca abrimos».

Hay un relato bien hilvanado, alegre y triste, sentido y profundo, amoroso, con rico vocabulario, que hace de su lectura pausada sensación de placer entre el erotismo y el amor: «Itziar se durmió abrazada, entrelazadas sus piernas a mí, unidas como un matorral de brezo...».

Porque hay misticismo erótico en cada escena, relatos de profundo contenido placentero para que la lascivia se enlace con el sentimiento: «Y de postre... —me detuve y la besé yo— piña con Cointreau».

Personajes como tía Luisa; Lucía; Irene Rey; la radio, Madrugas contigo; Javier; Lucía Noray; «el baile de las ánimas»; Víctor; Itziar; Gabriela; mi tía Marina; el *ménage a trois*; Chueca; Julia, entre viajes y ciudades, partiendo de Cuenca, su deseada Cuenca, para llegar a Madrid; Santander... Todo fluye, vive en ese encanto del amor, del deseo compartido, de la realidad con la que ella ha soñado constantemente: «Desde esta ventana puedo soñar que compartí el pasado con una mujer. Puedo soñar que amé y me amaron, porque tal vez fue un sueño de mujer en busca de una batalla blanca por resolver...».

Entren en sus páginas y podrán disfrutar tal cual su autora lo ha hecho. Revivan cada escena y vean cómo se escribe en rico vocabulario donde herrumbroso, yacija, mente báquica, hipermimia o jadeo febril te subyugarán en el Olimpo de una *Batalla Blanca*. ¡Enhorabuena Paz!

Miguel Romero (Escritor y Académico)  
[www.miguelromerosaiz.com](http://www.miguelromerosaiz.com)

Aquella mañana, desperté temprano. Fuera, al otro lado de la ventana, octubre entristecía la ciudad y, entre las nubes espesas y grises dibujadas en la inmensidad del cielo, asomaba tímidamente el sol. Poco a poco fue echando de su lado el plomo gris, luchó hasta dejarse contemplar entero, majestuoso, reinando entre la plebe. Sus hijos, esos rayos difusos y juguetones, se introdujeron entre las rendijas de la persiana a medio subir. Uno de ellos, el más atrevido, posó sus labios en los míos y me besó; yo le respondí impávida, sonriente, pero mi rostro se tornó nostálgico, distante en el tiempo cuando alargué mi brazo para tocar otro cuerpo, un cuerpo con el que había compartido mi lecho durante días, semanas, meses..., años atrás; ese cuerpo al que me abrazaría formando una sola silueta, besaría su nuca ligeramente rapada, acariciaría su piel dorada por el verano; luego, con los dedos avanzaría sigilosamente desde su ombligo, pasando por su vientre tembloroso, hasta llegar a ese bosque penetrable hasta entonces sólo por mis manos, mi lengua; y la otra persona seguiría con los ojos cerrados para que la luz no devorase la magia, vibrando de placer; y yo me excitaría igual que tantas otras veces por el placer ofrecido, sedienta todavía del agua de otra boca ávida de dármele, una boca que no encontré. Al otro lado de mi lecho no había sino el vacío, la nada, el frío exudado del amor que una vez más me dejaba perdida, con los pies cansados y la garganta seca.

Con esa sensación de lejanía pintada en mi rostro, me levanté del nido solitario; mis pasos torpes me llevaron hasta la ducha; abrí

el grifo y me introduje bajo esa cascada de agua uniforme, caliente, que mi cuerpo agradeció; sólo entonces me percaté de que llevaba puesto el pijama, aunque no me importó; me lo quité suavemente como me lo quitaría un amante; y ese movimiento lento y tembloroso de mis manos me gustó, y seguí haciéndolo mientras el agua de la ducha despertaba más mis sentidos; seguí acariciándome el cuello tan sólo utilizando los tres dedos interiores de mi mano derecha, privando al resto del tacto con mi piel, del contacto de mis labios carnosos e hinchados, del descender lento, pausado; mientras, con la otra mano, me abría paso entre el pubis, llegando al fin a ese lugar capaz de albergar las más intensas sensaciones. La diestra continuaba por mis pechos, palpándolos y estrujándolos desesperadamente, al tiempo que con la izquierda, proseguía el camino de descenso al túnel y me agitaba una y otra vez, una y otra vez con ritmo apresurado, marcado por mi respiración. De pronto, un ruido estridente, algún objeto que se estrelló contra el suelo en el piso de arriba, interrumpió bruscamente mi sesión onanista y comencé a ducharme rápidamente.

Apenas un instante fue suficiente para que mi cuerpo se mostrase lleno de vitalidad; entre tanto el espejo vertía las lágrimas de aquel rostro oculto tras el vaho. En media hora estaba lista para salir a la calle, para descubrir el mundo del cual la ventana sólo me ofrecía un pequeño fragmento. Segura bajo un *trench* de terciopelo malva, salí del hotel en el que me hospedaba aquella noche; fue, entonces, la bofetada del viento la que me dio los buenos días justo después del recepcionista, un hombre muy estirado que trataba por todos los medios de ser amable y más bien me resultaba gris y poco fiable.

Mi cabeza era una coctelera en la que, a cada paso, a cada movimiento, mezclaba los recuerdos y la nostalgia.

«Tal vez no haya sido buena idea venir a Cuenca; hay demasiada soledad en mi corazón para que además se vea aumentada por la soledad de estar en otro lugar, lejos de “mi mundo”, del mundo que me vio nacer y, a pesar de todo, aprendió a quererme igual que



yo a él»—pensaba mientras nadie me miraba, nadie me sonreía al pasar porque eso era, nadie, nadie en medio de una multitud, bajo un cielo en el que las nubes se balanceaban amenazando lluvia.

El sol amable y sensual, el rey de los plebeyos que me despertó, se ocultaba cobarde y callado detrás de los soldados grises, y el aire frío y seco se dejaba sentir frío en mi rostro. Prestamente me detuve junto a un kiosco de prensa y compré el diario de la ciudad. Había caminado sin rumbo; no sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí; eché un vistazo a mi alrededor buscando una cafetería y la divisé unos metros más adelante.

Tomando un té, ojeaba los alquileres de pisos en el periódico; subrayé los que me llamaron la atención; luego pregunté al camarero cómo llegar a uno de los pisos seleccionados más bien al azar; él, muy amable, me acompañó a la calle y, una vez allí, me dio indicaciones claras. Me resultó fácil encontrar la dirección, pero no me gustó, ni tan siquiera me molesté en verlo; era demasiado céntrico; yo prefería algo a las afueras, lejos de ese ir y venir de vehículos, de prisas, de ruidos de claxon, de motores, algo un poco más calmo que todo eso, aunque en realidad se trata de una ciudad tranquila que nada tiene que ver con las grandes urbes. Ese fue, en parte, uno de los motivos que me llevó a Cuenca; el otro, conocer la ciudad natal de la abuela a la que nunca conocí. Continué buscando, preguntando y mirando; ninguno parecía convencerme del todo: si no era pequeño, estaba poco iluminado, o, si no, tenía pocos muebles o estaban en malas condiciones. Hasta que: «¡Por fin! ¡Alehuya!, ¡un piso en el casco histórico totalmente reformado, amplio, luminoso y decorado con gusto!». La entrada al piso me mostró un cierto aire minimalista, con líneas estrictas y elementos muy escogidos; cubismo, impresionismo, realismo mágico vestían sus paredes blanco roto, creando un espacio de sabor cálido y refinado; dos sofás blancos conformaban y componían el núcleo de unión en torno a una mesa de madera natural, a cuyos pies se extendía una alfombra de bucle en tonos terrosos; algunos libros habitaban todavía la biblioteca lacada en blanco; y al fondo, un

vertiginoso ventanal abierto a la Hoz del Júcar. El conjunto del ambiente resultaba fresco, al tiempo que ordenado y acogedor.

Los dueños eran un joven matrimonio que se trasladó a Madrid por cuestiones laborales. Fue la madre de ella quien me lo enseñó: una mujer elegante, de estatura media, vestida con un traje sastre y subida a unos zapatos de medio tacón; toda una experta vendedora; si no hubiese sido por su presentación inicial, habría pensado que era agente inmobiliario; aunque en realidad no tenía de qué convencerme, me gustó a primera vista; se aproximaba bastante a la idea que yo tenía creada en mi mente: un lugar tranquilo, luminoso y confortable.

Alicia, que así se llamaba la experta vendedora, hablaba a diestro y siniestro sin apenas dejarme articular palabra; continuó largando una retahíla de datos que no me importaban, pero resultaba tan gracioso oírle que no la interrumpí; tenía una gracia especial en decir las cosas y, a pesar de su aspecto, su lenguaje era muy campechano y natural; su hipermimia me recordaba a la tía Luisa, una vecina del pueblo de mi padre, más conocida como *La Gestos*: sus manos estaban en constante celeridad, su rostro acompañaba cada una de sus palabras; si la observabas desde lejos podías detectar perfectamente si hablaba de algo interesante, horrible, gracioso.... Yo apenas conservo una nimia imagen nítida de aquella ancianita de luto perpetuo, pero siempre oí hablar sobre ella; era uno de esos personajes que, al igual que su luto, se perpetúa en la historia de cada pueblo; no importa si era la posguerra, si había llegado la revolución del bikini a nuestras playas o si Santander sufría su segundo gran incendio<sup>1</sup>, la tía Luisa paseaba calle abajo en busca de un oído al que agraciar con sus relatos.

Antes de que me diese cuenta, estaba montada en el coche de Alicia camino del restaurante que regenta junto a su marido. Tanto alquilando el piso como en el restaurante, se movía como pez en el agua; yo diría que tratar con las personas es su elemento: capaz de

<sup>1</sup> Santander sufrió dos graves incendios, uno en el año 1893, a causa de la explosión del barco de vapor Cabo Machichaco cargado de dinamita, y otro en el año 1941.

mostrar la sonrisa en sus labios durante horas, y, lo que es más mágico, hacer que fluyese en los que la escuchábamos. Se portó muy bien conmigo; después de la deliciosa comida, me ofreció su ayuda para acomodarme en el piso y, a pesar de mi insistencia en arreglármelas sola, no dudó un instante: me acercó al hotel, me ayudó a bajar las maletas y a cargarlas en mi coche, condujo delante de mí e hizo lo propio al llegar al piso; luego me emplazó para el tema del alquiler; yo quise dejarlo zanjado ese mismo día, en aquél mismo instante, pues había cometido la locura de viajar con setecientas cuarenta y siete mil pesetas en el bolso –ese era todo el dinero que poseía–, lo suficiente para empezar una nueva vida; pero ella prefirió quedar al día siguiente, así podría conocerme su marido. Me dejó dos juegos de llaves y su número de teléfono, tanto el móvil como el del restaurante.

La verdad es que me extrañó su confianza en mí; al fin y al cabo, yo era una auténtica extraña para ella: solamente sabía que me llamaba Lucía, que era de Santander y estaba allí para unas largas vacaciones. A veces, hacemos gala de nuestra intuición, nos creemos capaces de hacer un análisis acertado de la persona que tenemos ante nosotros basándonos en su aspecto, el tono de su voz, sus gestos, la expresión de su mirada, el peinado, su sonrisa... Yo, a pesar de mi seriedad aparente, soy de sonrisa fácil, no visto mal, y mi voz, digamos que..., es agradable al oído; pero, ¿qué es eso si no el mero alzado que todos nos ponemos para sobrevivir en este mundo? No nos damos cuenta de que el aspecto no siempre es la prolongación de la personalidad sino la imagen que nos conviene mostrar al mundo, el disfraz tras el que ocultarnos, a veces de nosotros mismos, porque nos asusta lo que vemos cuando escudriñamos en el interior de la psique. Yo podía ser la mujer más despreciable sobre la faz de la tierra, una mujer sin pasado, de dudosa existencia y futuro incierto; sin embargo, le agradó mi fachada presente de treintañera educada.

Una vez que se marchó Alicia, me quedaba la parte farragosa; aunque estaba bastante limpio –apenas llevaba quince días desha-

bitado—, quería limpiar, deshacer el equipaje, colocar mis cosas; en definitiva, hacer de él mi hogar. Pero recuerdo que lo primero que hice fue comprobar si funcionaba el frigorífico; viendo que así era, marché a una tienda de barrio que había visto al regreso del hotel, compré algo de comida, productos de limpieza y me puse manos a la obra; cuanto antes terminase, antes descansaría. Las agujas del reloj que colgaba de la pared señalaban las diez y media de la noche, y lo único que me apetecía era un café con leche y unas galletas. Me senté en el sofá con mi succulenta cena frente al televisor y, al encenderlo con el mando a distancia, pulsé el canal uno; comenzó a aparecer el reparto de una película; yo, ínterin, me tomé lo que había preparado. En la primera secuencia, una mujer programaba el horno de la cocina; de inmediato entraba un hombre portando una caja de bombones en la mano y, dándosela a ella con demasiado entusiasmo, le decía: «*¡Lo conseguí!*»; la actriz dejó los bombones encima de la mesa y se lanzó a sus brazos como una gata en celo, lamiendo su rostro, el lóbulo de sus orejas, quitándole efusivamente la ropa; él reaccionó de igual modo. Como dos seres que hubiesen permanecido separados por un cristal que les impidiese tocarse, besarse..., mientras crecía en ellos el deseo ferviente y descontrolado, sus cuerpos quemaban cual asado saliendo del horno que, ella, minutos antes, había encendido. Sólo se escuchaba el jadeo febril de ambos, que trabajaban en completa armonía, esperando la remuneración del esfuerzo prestado. Por sus cuerpos resbalaban lo que probablemente fuesen gotas de agua o aceite corporal; la actriz rio y, a él, parecía haberle invadido una sensación de flojera, tal vez simulando el orgasmo, ese maravilloso orgasmo conseguido al unísono, que a mí ya sólo me parecía existir en las películas.

Me produjo tal hastío que apagué el televisor y me marché a la cama. Sobre la mesilla de noche, descansaba el portarretratos que horas antes dejé como quien deja un cenicero después de apagar el cigarrillo. Miré tras el vidrio transparente aquella vieja foto de familia que siempre me acompañaba y lloré. Vertí lágrimas sobre

el cristal por una familia a la que quería tanto que me dolía verla, recordar que tiempo atrás había sido feliz junto a ellos, que compartimos momentos hermosos y que cualquier tristeza o complicación era más llevadera a su lado; lloré por todo el amor que nos habíamos prodigado. Y lloré mucho más por Ángel, por el adiós que desgarró mi alma. Derramé tantas lágrimas que no tuve bastante para todo lo que bullía en mi cabeza y que fui perdiendo en el camino.

Me sorprendió la medianoche a solas, con mis planes de futuro, los recuerdos del pasado; ambos, en continuo combate, asfixiándose sin compasión. Y tan sólo el dulce sueño pudo reprimir el grito con el que ansiaba expulsar la rabia contenida.

El teléfono me sobresaltó en el lecho a eso de las doce y media de la mañana. Era Alicia; quedamos en que me llamaría para el tema del alquiler. Le respondí con voz soñolienta y con los ojos a medio abrir; la noche se estaba cobrando su precio.

Después de quedar con ella, fui al baño; el espejo me escupió una imagen desdeñada y tenue; mi vida se estaba convirtiendo en un círculo vicioso del que era difícil escapar; el mundo se derrumbaba a mis pies; la dulce niña de la fotografía no era sino la insignificante existencia del pasado; estaba a punto de llorar; giré la llave del grifo y, con agua y lágrimas del ayer, me lavé la cara.

Todavía quedaba trabajo pendiente: maletas que deshacer y armarios que ordenar; me puse a ello, tratando de, ese mismo modo, ordenar mi cabeza, mis ideas, mis sentimientos; de imaginar mis perspectivas de futuro, si es que las tenía o las había tenido alguna vez; mas no duró mucho tiempo la dedicación al orden exterior e interior; se me puso un terrible dolor de cabeza y decidí tumbarme en el sofá del salón. Hacía fresco; me cubrí con una manta fina que siempre viajaba conmigo en el coche y cerré los ojos tratando de relajarme; respiré profundamente e imaginé que abría la ventana y, al hacerlo, una dulce brisa me acariciaba el rostro, el olor a eucaliptos y helechos entremezclado con el olor a tierra mojada y a mar entraba suavemente por los orificios de mi nariz y, a su paso,

refrescaba mis pulmones; imaginé que ese efluvio era de una luz verde, intensa, y tenía el poder de purificar mi cuerpo, llenarme de paz. Escuché el canto de los pájaros, el musitar de las hojas de los árboles y el romper de las olas; y como un *flash*, acudió a mi mente la sordidez de mi existencia torturándome de nuevo, sólo que esta vez no consiguió abatirme; me incorporé: «¡Reacciona Lucía!», «¡aún tienes capacidad para ser feliz!». Durante dos meses viví una continua autodestrucción, y puede que un cambio de residencia no fuese a cambiar mi estado, pero necesitaba alejarme de todo aquello, pese a que la nostalgia viajase en mis maletas. Al menos, por primera vez, me había parado a reflexionar sobre qué debía hacer con mi vida, qué rumbo debía tomar, en lugar de compadecerme porque Ángel me había dejado por otra mujer.